

CUENTOS AL AMOR DE UNA FAROLA

Una parte importante de las fuentes orales estaría constituida por aquella palabra que viene de muy lejos. Palabras que han rodado durante muchos siglos, mientras se cargaban de significado, de poder creativo, de capacidad ordenadora de la experiencia de los hombres.
(Gabriel Janer Manila)

"La palabra que viene de muy lejos", a menudo se instala en nosotros, en virtud de su sabiduría y su belleza, y le hacemos un sitio en nuestro adentro, adonde crece y florece, rememorando otro tiempo, aún no del todo olvidado. Y cuando sale, cobijada por la voz y el sentimiento, el olor a jazmines se extiende y nos rodea, y quien escucha, se impregna del perfume de la historia, que, misteriosamente, ha pasado de ser una palabra peregrina que viene de allá lejos, a una palabra palpitante, que se oye aquí bien cerca.

Este verano, como otros veranos de muchos aquí, he contado tres cuentos cada noche, al amor de una farola, que nos reunía en la Replaceta de Beniardà a las diez en punto. Siempre tres cuentos. Siempre los ojos ávidos de los niños. Siempre las ganas de más. Y el miedo, la emoción, el imaginar, o el soñar en voz alta. Y el llamarme "*la Cuentacuentos*". Y el olor al hervido de las cenas. Y los abuelos, los padres, los novios de algunas asistentes que añoraban su infancia, los hermanos mayores, que venían a recoger a los niños y se quedaban. Y la "estampa" que debíamos hacer, que invitaba a pararse también a los paseantes nocturnos.



Nosotros quedábamos allí, embebidos con las historias y las palabras. Con los comentarios y las resonancias particulares. Con lo de cada cual, y lo de los otros. Con la pregunta que se hacía Rosalía tiempo atrás: "*Yo no sé lo que me pasa con los cuentos, que me gustan tanto*", y que me remite a mis propias interrogantes acerca de esta cuestión.

Cuántas veces me habré preguntado por qué será que me gusta tanto conocer las historias de los otros. Entrar de oyente en sus vidas de aventura, o de cotidianidad. Bucear en sus amores, en sus odios, en sus calores y en sus fríos. Olfatear "sin compromiso ni peligro" los enredos de los demás, sus idas y venidas por lo real y lo imaginario. Asomarme al agujero de las palabras: cuentos, poemas, romances, teatros..., palabras fieles, que abren sus secretos para mí.

No sé, espero que no se trate de una manía inconfesable, ni de una curiosidad acumulada y carcomida. En todo caso, para mi consuelo y tranquilidad de ánimo, veo que somos muchos los que estamos en esta tesitura. Por no decir todos. El que no lee, escucha. Y el que no escucha, mira. Pero ¿quién puede decir que no le interesan absolutamente, o que le aburren, las vidas de los otros? Novelas por entregas, seriales radiofónicos, cuentos de las abuelas, películas, telenovelas..., historias al alcance, alimento de quién sabe qué necesario impulso de saberse uno más entre tantos otros, de compararse, de aprender, de soñarse distinto... Historias, el juego de los grandes y los chicos.

Si la inspiración no fallaba, leía dos cuentos y contaba uno, otras veces los contaba los tres. Era algo extraño sentir el silencio atento, los suspiros, alguna removida de faldas, y mi voz en la oscuridad, cargándose de fuerza, de susurro, de alegría, o de pena. Y las palabras zigzagueando en el transcurrir de la historia, ordenadamente, llenas de rito. Palabras llenas de esperanza en el triunfo final, y a la vez llenas de intriga por si acaso no llegaba.

¡Blancabella, tiende tu cabellera y me subiré por ella!

Al terminar, explotaban los aplausos, las preguntas, o la expresión de lo que habíamos estado sintiendo mientras se desgranaba el cuento. Y así todos los días. Normalmente, se decían las preferencias personales, y se paraba uno, con los demás, a pensar en sus por qué y sus cómo. Otras veces nadie hablaba, capturados por el hechizo del momento.

—A mí me ha gustado eso de que "la bendición de la madre le acompañaba siempre", aunque no sé cómo es una bendición.

—**Cierra los ojos, y prueba a imaginarla.**

—¡Ay, sí, es como una nube de color dorado de purpurina con la cara de tu madre...! ¡Qué bonita!

—A mí los que más me gustan son los de miedo, los otros me parecen muy "infantiles". A lo mejor es que estoy haciéndome mayor, ya tengo once años.

—A mí la que más me gusta es *Caperucita*, que para eso soy de cinco años.

—Yo prefiero los de príncipes que se enamoran de las princesas.

—Pues yo no quiero que cuentes más cuentos de brujas, porque luego veo a "Sant Francesc" moverse y hablarme, y convertirse en brujo desde su capilla.

—¿Cuándo vas a leer otra vez *La flor del lililá*? Es para que lo oiga mi hermano, que el otro día se lo perdió...

—Hoy he traído un burrito de juguete para que me leas *El burro cagaduros* que me dio mucha risa.

—No, que hoy toca: *Los tres pelos del diablo*, que a mí me encanta, y estoy esperando que lo cuente desde el año pasado.

Cada día un poema se abría paso para que pudiéramos recibir con ilusión o emoción los cuentos. Así lo explicaba Marc, y así se lo aplaudían los demás asistentes:

*Zu, zu, zu, azú, azú, que a esta niña la mimas tú
Zu, zu, zu, azú, azú, que a esta niña la besas tú
Zu, zu, zu, azú, azú, que a esta niña la quieres tú.*

*Zu, zu, zu, azú, azú, que a este niño lo mimas tú
Zu, zu, zu, azú, azú, que a este niño lo besas tú
Zu, zu, zu, azú, azú, que a este niño lo quieres tú.*

Y los que había mucha calma, o costaba acabar, las canciones que salen en los cuentos, nos servían de despedida y de bálsamo:

*Pastorcito no me toques
ni me dejes de tocar
que me han muerto mis hermanos
por la flor del lililá*

*En un zurrón voy metida
en un zurrón moriré,
por un anillo de oro
que en la fuente me dejé*

De vez en cuando, inventábamos un cuento entre todos, (al estilo de **Rodari**), sacando a relucir deseos y bromas, en un derroche colectivo de risas y de imaginación. Y otras veces, hacíamos un alto en el camino para repetir y disfrutar hasta hartarnos de nuestros cuentos preferidos.

Tiempo ha habido para todo. Y espero que lo habrá, porque el sabio cobijo que traen puestos los cuentos es, sin duda alguna, una de las formas más bellas que tenemos las personas de ingresar en la cultura.